

J. P. O'CONNELL

# PORTOFINO 1926

Traducción de Albert Fuentes Sánchez

 Planeta

Era tan gratificante, pensó Bella, preparar las habitaciones para los nuevos huéspedes. Después de hablarlo con Cecil, había decidido colocar a las Drummond-Ward en la suite Epsom. No solo tenía vistas al mar, sino que además era luminosa y aireada, y tenía unas robustas camas de caoba y un empapelado de delicados motivos florales que no resultaba empalagoso.

Excederse con los motivos siempre era un error. El huésped podía tener la tentación de pararse a mirarlos, intentar descifrarlos a partir del juego de líneas y formas. A veces, sin embargo, así en la vida como en la decoración, lo mejor era no percibir los motivos.

En todo caso, Bella no tenía tiempo para entretenerse. Había mucho que hacer.

Cruzó la habitación hasta donde Francesco y Billy estaban peleándose con un colchón para darle la vuelta.

—Eres un muchacho fuerte —le dijo a Billy, que estaba colorado y jadeaba—. Inténtalo otra vez.

—¡Pero es que pesa mucho, señora Ainsworth!

—Es por la crin —le explicó Bella—. Por eso dormir en esta cama es tan agradable.

—También hay metal aquí dentro. Lo he notado.

—Son los muelles, Billy.

Mientras Billy movía la cabeza con gesto incrédulo, Paola

entró a toda prisa cargando una pila de sábanas impecablemente planchadas. La ropa de cama venía de Londres, ¡de Heal's, en Tottenham Court Road, nada menos! Ciertamente era que la tienda británica de Bordighera vendía sábanas y productos básicos como la ginebra Gordon's o las galletas Huntley & Palmers. Muchas familias inglesas iban encantadas a comprar allí.

Pero para el Hotel Portofino solo valía lo mejor.

Y eso significaba algodón suave de hilo grueso. La clase de sábanas que restallaban cuando las recogías de la cuerda de tender.

Después de darle la vuelta al colchón, Billy fue corriendo a ayudar a su madre en la cocina. Paola se puso a hacer la cama, mientras Francesco colocaba un jarrón de lirios de color violeta iridiscente sobre una mesilla auxiliar.

A Bella le gustaba abastecer los cuartos de baño personalmente. En el Hotel Portofino, las mejores suites tenían baño propio. Ella y Cecil no habían reparado en gastos para que el hotel dispusiera de la mejor tecnología en agua caliente. La gente ahora esperaba poder darse un baño sin todo el alboroto de los criados dando vueltas por ahí y echando leña al calentador. Y algunos de los sistemas antiguos eran francamente peligrosos. Todo el mundo conocía la historia de la caldera que había explotado en el Castello Brown. Un desdichado turista inglés la había cerrado en el momento más inoportuno y... En fin, todavía estaban redecorando las instalaciones tres meses después.

Caminando con cautela sobre el bien encerado mosaico del suelo, Bella colocó una toalla blanca limpia junto al lavabo y una vela perfumada sobre una repisa que había junto a una bañera con unas grandes patas en forma de garra. En abril, los ocupantes anteriores de la suite —una pareja mayor, unos tiquismiquis insoportables llegados de Guildford— se habían quejado de que el cuarto de baño olía mal. Bella no había notado nada raro.

Pero no iba a arriesgarse en lo más mínimo tratándose de las Drummond-Ward.

Cuando salió, Paola ya había terminado de hacer la cama y esperaba el dictamen de Bella. Paola era una viuda de guerra del pueblo. Tenía los ojos grandes y oscuros, y una larga cabellera rizada recogida en una cola que colgaba brillante sobre su cuello. Era tan bonita como responsable. Sin embargo, Bella había notado un cambio recientemente. Una suerte de inquietud nueva, que se mezclaba con algo más atávico y sugestivo. Era difícil identificar de qué se trataba, pero, si Paola hubiera sido un hombre, Bella habría pensado que se le habían subido los humos.

El cubrecama tan solo necesitaba unos mínimos retoques. Tras dar un paso atrás, Bella asintió para mostrar su conformidad con la obra de la camarera.

—*Eccellente* —dijo con una sonrisa. Paola también sonrió, aunque evitó la mirada penetrante de su jefa.

«¿Por qué me preocupo tanto? —se preguntó Bella para sus adentros—. ¿Por qué no soy capaz de relajarme?»

Su lado racional sabía que la respuesta era evidente. Ese verano había muchísimo en juego. No solo la reputación del hotel, sino también el futuro de Lucian y —le disgustaba reconocerlo, pero no le quedaba alternativa— el de su matrimonio con Cecil. A veces le daba la sensación de que todo pendía de un hilo finísimo.

Por lo menos, en lo que respectaba a los empleados, se podía considerar afortunada.

Betty, la cocinera, y su hijo Billy habían estado con ellos en Yorkshire primero y luego en Londres. Eran como de la familia y Bella confiaba en ellos a ciegas, aunque a decir verdad todavía no habían terminado de amoldarse a ese mundo nuevo y extraño. Tenía depositadas grandes esperanzas en Constance, la nueva niñera de Lottie, que Betty le había recomendado.

Paola, en cambio, seguía siendo una incógnita. Pasar una hora en su compañía hacía que Bella se preguntara si entendía en lo más mínimo a los italianos. Y, sin embargo, eso era lo que quería, con todo su ser.

Desde pequeña, Bella había estado obsesionada con Italia. En el internado, había colgado junto a su cama varias reproducciones de pinturas italianas famosas, y ocultó su enojo cuando las monjas que regentaban la escuela le pidieron que descolgara *El nacimiento de Venus* esgrimiendo que era obsceno. Para Bella, Italia representaba la verdad, la belleza y la bondad. Era un faro en lo alto de un acantilado, irradiando rayos de pura luz mediterránea que cortaban como navajas la oscuridad de un Londres húmedo y lleno de polución.

A Cecil también le gustaba Italia. O eso era lo que decía. En todo caso, la idea de ir de luna de miel a Portofino había sido de Bella.

Suspiró ahora al recordar aquellos días sin preocupaciones. Qué extraño pensar que la hija que concibieron durante ese viaje fuese ahora viuda y su hijo un lisiado de la peor guerra que había conocido la historia. Y todavía lo era más pensar que corría 1926 y que ella tenía ya cuarenta y ocho años.

Los años habían sido como una sombra que pasa.

También había perdido algo más, por supuesto. Intentaba con todas sus fuerzas reprimir sus pensamientos, enterrarlos en algún lugar recóndito. Si permitía que la dominasen, no podría pensar en ningún otro asunto.

Lo que de verdad le costaba aceptar era el hecho —y sin duda era eso: un hecho sin vuelta de hoja— de que Cecil y ella hubieran sido en otro tiempo una pareja de jóvenes enamorados, que hubieran compartido noches suaves y sugestivas contemplando la iridiscencia del mar antes de nadar desnudos en la bahía de Paraggi, mientras el sol salía por detrás de las montañas.

En ese primer viaje a Portofino, habían compartido besos profundos en las silenciosas callejuelas iluminadas por la luna llena y habían disfrutado de un montón de nuevos sabores y sensaciones: el *prosciutto* salado y correoso, unas brevas tan frescas que estallaban en la lengua de Bella.

Mientras Cecil jugaba al tenis en el hotel, ella salía a dar paseos por los antiquísimos caminos de mulas que subían hasta las granjas de las colinas y los olivares. Echaba un vistazo a través de las verjas cerradas a los jardines rebosantes de flores y se preguntaba quién vivía allí, y si algún día ella lo haría también. Había observado a las encajeras en la plaza del pueblo, luego se había echado en las rocas calientes, absorbiendo la luz del sol mientras las salamandras correteaban sobre sus piernas desnudas.

Desde luego, aquella había sido una época más formal, un tiempo en el que una mujer a solas concitaba murmullos y miradas de desaprobación. Pero Bella no se había dejado amilanar. ¿Por qué iba a permitirlo? Era una «mujer nueva» como las que salían en las novelas que leía, y estaba vislumbrando una nueva realidad.

Un día, seducida por su fachada rayada, había subido hasta la iglesia de San Martino, que miraba al puerto desde lo alto. Aparte de una vieja vestida de negro con una pañoleta de gan-chillo sobre la cabeza, no había nadie más allí. Al inspirar el incienso, meter los dedos en la pila y santiguarse —no era católica, pero le pareció obligado hacerlo—, Bella se sintió como si fuera, al mismo tiempo, una impostora y una mujer más en aquel entorno, y aquel pensamiento le pareció una revelación, algo que podía archivar en su memoria y utilizar más adelante.

La vida dependía en gran medida de los rituales y las imposturas, especialmente ahora que gestionaba un hotel, donde desempeñaba a la vez los papeles de directora y conserje. Parecía

estúpido llamar «vocación» a lo que hacía. Aunque, a decir verdad, tenía una dimensión religiosa. Se le daba bien, lo sabía. Por ello, el recuerdo del escepticismo inicial de Cecil le resultaba tan doloroso.

—¿Abrir un hotel? ¿En Portofino? —En la sala de estar de su casa alta y estrecha en Kensington, Cecil se sirvió otra copa de whisky de malta—. ¿A santo de qué íbamos a hacer tal cosa?

Cecil sabía a la perfección cómo aplastarla. Pero Bella, en esa ocasión, no se había doblegado.

—Sería una aventura —dijo alegremente—. Volver a empezar. Una forma de olvidarnos de la guerra y de todas las cosas horribles que ha sufrido nuestra familia.

—Dirigir un hotel es un peñazo. Piensa en la cantidad de estupideces de las que tendrías que ocuparte. Comprar las sillas perfectas para la terraza. Organizar excursiones de un día a los museos. Sería tan...

—¿Tan clase media? ¿Tan provinciano?

—Bueno, sí. Por no decir... —Cecil frunció los labios, mientras buscaba la palabra justa— «prosaico». Lo que no tiene nada de malo, con la única salvedad de que la gente como tú, Bella, nunca es prosaica. Por eso me casé contigo. Entre otras razones, supongo. —Se arrellanó en su sillón favorito con un suspiro—. Además, hoy día hay muchísima competencia. Es decir, siempre que quieras atraer un turismo de calidad...

No tenía sentido negar que Cecil llevaba razón. Cada mes de noviembre se producía la emigración anual de las clases británicas refinadas a climas más soleados, donde permanecían hasta que concluía el invierno. Algunos eran fieles a Cannes, otros preferían el Lido de Venecia o los beneficios medicinales de Baden-Baden. Biarritz florecía como santuario cuando el calor en la Riviera francesa se volvía insoportable.

La Riviera italiana, en cambio, era un paisaje relativamente virgen. Había una colonia británica, qué duda cabe —¿en qué lugar del mundo no la había?—, y los hoteles más grandes incluso tenían pistas de tenis y piscinas.

Pero no era ese el mercado al que aspiraba Bella.

—Me lo imagino como un hotel de veraneo —dijo—. No como un refugio para los desechos de la buena sociedad.

Cecil se fingió indignado.

—¡Bueno, bueno! El esnobismo al revés nunca resulta favorecedor.

—No soy una esnob, ni del derecho ni del revés. —Bella procuró que no se le notara en la voz la rabia que sentía—. Solo quiero que atraiga a gente interesante. Gente con la que quizá me gustaría hablar.

—Artistas, supongo.

—Sí.

—Y escritores.

—Eso espero.

—Gente con opiniones radicales. —El tonillo burlón de Cecil era inconfundible.

—No necesariamente.

—Gente que no sea fina como yo.

En ese punto, a Bella se le agotó la paciencia.

—No seas ridículo.

—O pobres como yo. Supongo que tu padre financiará esta aventura, ¿no?

—Estará contento de ayudarnos, eso seguro.

Cecil levantó su copa con sorna.

—Un brindis, entonces. ¡Por su dadivosa majestad!

A lo largo de los años, Bella había aprendido a ignorar el sarcasmo de Cecil, sabiendo que se trataba de una forma de disimular sus inseguridades. Pero era agotador. Ahora, en cam-



bio, se empeñó en que su marido se subiera al carro, y lo animó a buscar en los anuncios inmobiliarios de los periódicos y las revistas mientras ella se ocupaba de revisar todos los impresos de corredores de fincas que encontraba. De esa forma, Cecil tendría la sensación de que también participaba del proyecto. Además, podía ser un hombre sorprendentemente ingenioso —creativo, incluso— cuando se lo proponía.

No había escasez de casas en venta en las costas de la Riviera. Pero ninguno de los anuncios que vieron encajaba del todo con lo que buscaban. Las fincas o bien eran demasiado grandes o bien demasiado pequeñas, o se encontraban en poblaciones turísticas más conocidas pero masificadas, como Santa Margherita y Rapallo. Pero Bella se había encaprichado de Portofino, que era un sitio mucho más recoleto.

Llevaban varios meses de búsqueda y estaban a punto de arrojar la toalla cuando, una noche de invierno, Cecil se sacó el *Times* de debajo del brazo y le pidió a Bella que se fijara en un anuncio que había rodeado con un trazo de su querida tinta color burdeos:

*Villa histórica en Portofino, sita en un terreno elegante con preciosas vistas al mar. Cerca del pueblo y de la playa. Ideal para abrir una «pensione». Solo consultas serias. Grosvenor Square, n.º 12, Mayfair.*

Tres días después se encontraban en Italia, eufóricos, pero también con la inquietud de que, después de todos sus esfuerzos —el viaje había sido una pesadilla de mareos en alta mar y enlaces perdidos—, la casa les decepcionase o, quizá, fuera menos perfecta en la realidad de lo que les había parecido en las fotografías que el vendedor, un vetusto victoriano queapestaba a polvos de talco, les había enseñado mientras tomaban el té.

Un caminito de grava entre palmeras conducía a una gran villa rosa pálido con un rechoncho torreón que hacía pensar en una alquería del siglo xv. De un peculiar estilo toscano, al decir de Cecil, pero bonita, realmente bonita. Una gran sensación de alivio invadió a Bella como un sedante. Nunca olvidaría el trascendente silencio que acompañó al momento en el que las pesadas puertas de roble se abrieron y ellos accedieron por vez primera al fresco zaguán de mármol.

*Vi piacerà, vedrete*, les había insistido el agente. Les gustará. ¡Y allí estaban ahora!

Bella oyó en ese momento el ruido de una puerta que se abría y un hombre que carraspeaba al final del largo pasillo. El amigo de Lucian, Nish, diminutivo de Anish. Hacía varias semanas que se había instalado en la casa, un espíritu estudioso y amable que le había salvado la vida a Lucian después de la guerra, sin lugar a dudas.

Pero cuando Bella bajó por la escalera, otro sonido invadió el ambiente: voces de mujeres airadas o, por lo menos, conternadas. Alice salió corriendo de la cocina y casi chocó contra su madre al pie de la escalera. Parecía muy preocupada.

—Es Betty —gritó—. Está montando uno de sus números. ¿Me ayudas a calmarla?

Las dos mujeres se dirigieron a la cocina, donde una gran cantidad de sartenes de cobre brillaban a la luz que entraba por la puerta abierta que daba al patio. Bella olió el pan que se hacía en el horno. Era una dulce tortura. Esa mañana, había estado tan distraída que se había olvidado de desayunar.

Betty estaba junto al fogón; tenía su rubicundo rostro arrugado en un mohín. Bella se acercó a la cocinera.

—¿Qué te pasa, Betty? ¿Qué ocurre?

—Nada, señora Ainsworth. Ya me las apaño sola.

—¿Te las apañas?

Sin volverse, Betty señaló un trozo de ternera que descansaba sobre la mesa que tenía a su espalda.

—Nunca he cocinado una pieza de ternera así.

—Pero ¿es ternera? —Bella le hizo un gesto a Alice para que se acercara. Juntas, examinaron el pedazo de carne.

—Bueno, claro que es ternera. Ternera *italiana*.

—¿Y la ternera italiana tiene algún problema?

—Es todo magro —dijo Betty, como si fuera una obviedad. Alice intervino.

—¿Y eso... es malo?

Betty se quedó mirándola, como si Alice fuera estúpida.

—¡No hay grasa! ¡Para mis morcillas! ¡O para las patatas! Por cierto, las patatas de aquí son rarísimas. —Sacó una de una sartén y la sostuvo entre el pulgar y el índice—. Estas cositas roñosas parecen de cera. No son patatas de verdad.

—Estoy segura de que te las apañarás perfectamente —dijo Alice—. Siempre lo haces, Betty.

—Lo haré lo mejor que pueda, señora Mays-Smith.

Alice salió de la cocina, dejando a Bella a solas con Betty. No era la primera vez, pero a Bella le sorprendió lo aturullada que estaba su cocinera y sintió una punzada de culpa. No había sido nada fácil convencer a Betty de que se desplazara de Londres y siguiera a los Ainsworth hasta Italia, sobre todo teniendo en cuenta que se habían mudado a la gran ciudad desde Yorkshire apenas unos años antes. Si a Betty ya le había parecido peligrosamente forastera la ciudad de Londres, tanto más Italia, habida cuenta de que nunca antes había estado en el extranjero.

Aquella decisión había sido la mayor y más audaz empresa que había acometido en toda su vida, y Bella la había cubierto de elogios por ello. Aun así, a veces le dolía pensar que, de tanto animarla, Betty quizá se había sentido obligada a dar el paso.

Y no le gustaba. Bella siempre quería ser amable con los demás, especialmente con personas como Betty.

Como tantos otros, Betty todavía estaba recuperándose de la guerra. Había perdido a dos hijos en el frente occidental. ¡Dos hijos! Todavía le quedaba Billy, por supuesto, pero ¿cómo debía de sentirse cada vez que posaba los ojos en Lucian? Debía de ser como clavarte un cristal en la planta del pie, día tras día.

Lo más difícil había sido explicarle el atractivo de Italia, que para Bella era una obviedad. A tal fin, se había servido de algunas de las postales que había comprado durante su luna de miel. Coloreadas a mano, evocadoras de un mundo soleado y feliz. La estrategia pareció surtir efecto: logró convencerla de que Italia era un país seguro y civilizado para ella y su hijo huérfano de padre, pese a algunas noticias que parecían apuntar en sentido contrario.

—¿Y qué me dice de la comida? —le había preguntado Betty, con evidente desconfianza.

Bella sacó un libro de su bolso. Betty pasó una mano rolliza sobre la sedosa cubierta de tela verde antes de entrecerrar los ojos para leer el título.

—*La ciencia en la cocina y el arte de comer bien*, de Pellegrino Artusi.

—Aquí encontrarás todo lo que necesitas saber —le había dicho Bella—. Nadie escribe mejor que este hombre sobre la comida italiana.

Betty esbozó una sonrisa. Estaba orgullosa de no ser analfabeta, y con razón.

—Me pondré a leerlo esta misma noche.

Los primeros pinitos de Betty no se habían contado entre sus grandes logros culinarios. Un intento de *minestrone* había sido especialmente reseñable, aunque en el peor de los sentidos.

—¿Qué diablos es esto? —había preguntado Cecil, removiendo los trozos pastosos de verdura.

Bella probó la menestra con cautela. Le sorprendió su sabor fuerte y contuvo la tos con su servilleta.

—Ha usado ajos silvestres. Y en cantidad. Bueno, no importa. —Dejó la cuchara sobre el plato—. Tenemos que animarla, Cecil. Además, no cocinaré platos italianos todos los días. Muchos de nuestros huéspedes pedirán filetes y pastel de riñones.

Sin embargo, al cabo de unas semanas la cosa había mejorado notablemente. Betty era una mujer trabajadora y competente. En cuanto a Billy, había madurado, convirtiéndose en un joven impresionante y fiable con un magnífico futuro como botones. Y Bella enseguida pensó que también podría enseñarle a servir las mesas, el arte refinado de rondar entre los comensales con la mirada despierta.

Bella miró ahora a su cocinera y le puso la mano en el hombro con suavidad.

—Lo estás haciendo de maravilla —le dijo—. Las cosas que cocinas. No he probado nada igual en toda mi vida.

Betty se sonrojó de satisfacción.

—Es usted muy amable, señora Ainsworth.

—Y Billy te ayuda, ¿verdad?

Betty asintió.

—Acabo de mandarlo al pueblo a por nata para el pastel de limón.

—Estupendo. Y no olvides que pronto tendrás a Constance contigo. Tendrá tiempo de sobra para echar una mano en la cocina cuando no esté cuidando de Lottie.

Al oírlo, Betty se volvió para mirar a Bella. Su cuerpo parecía haberse vuelto completamente rígido.

—¿Qué día es hoy? —preguntó.

—Jueves.

—Ay, no... —La mujer mayor se llevó la mano a la boca.

—¿Qué ocurre, Betty?

—Es hoy. Constance llega hoy. En el tren de Génova.  
—Pero ese es el tren que Lucian ha ido a recibir. El tren que trae a las Drummond-Ward.

—Ay, señora Ainsworth. —Betty parecía a punto de echarse a llorar—. Y usted me pidió que me ocupara de todos los preparativos. Porque Constance es una amiga de la familia...

—No te preocupes, Betty. Es posible que Lucian no haya salido todavía. En tal caso, podremos decirle que recoja también a Constance.

Bella intentaba sonar confiada y alegre. Pero la situación distaba mucho de ser ideal. Por lo que sabía de ella, Julia Drummond-Ward no era la clase de mujer que se tomaría bien el compartir carruaje con una sirvienta. En cualquier caso, Lucian debía de encontrarse casi con total seguridad a medio camino de la estación de Mezzago en esos momentos. Bella había hablado con él antes, mientras esperaba a que Francesco enjaezara los caballos. Tendría que haber aprovechado ese momento para hablarle de Constance...

Bella llamó en voz alta a Lucian mientras salía a toda prisa al vestíbulo, aunque en el grito había más esperanza que convicción. Su voz seguía resonando en los pasillos cuando Nish salió de la biblioteca.

—No está aquí, señora Ainsworth. Ha salido hace una hora más o menos. No quería llegar tarde para recoger a Rose.

—Y a la madre de Rose —le recordó Bella.

—Por supuesto. A ella también. —Nish sonrió—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, no. —Bella hizo un gesto con la mano para que se marchara—. Tú relájate y disfruta. Eres nuestro invitado.

—Pero esta es una gran semana para el hotel. Una gran semana para usted.

No tenía sentido negarlo. Los huéspedes habían empezado a

llegar el lunes; primero, lady Latchmere y Melissa, su sobrina nieta; luego, el conde Albani y su hijo Roberto. El hotel estaría completo el fin de semana.

Bella se había emocionado especialmente al recibir la reserva del conde. Su aprobación era una señal para todo el mundo de que el Hotel Portofino también era un establecimiento para italianos. Cecil no estaba seguro de que debieran transmitir esa imagen, aunque, por otro lado, la presencia de su marido en el hotel resultaba cada vez más fugaz e impredecible.

¿Dónde demonios se había metido ahora? ¿Estaría de vuelta cuando llegaran las Drummond-Ward? Bella no quería estar sola cuando conociera a Julia. Estaba enterada de la historia pasada de Julia y Cecil. No podía negar que albergara emociones fuertes y encontradas hacia esa mujer. Curiosidad, envidia..., incluso miedo. ¿De qué servía tener marido si no era para darte tranquilidad en una situación como esa?

—¿Se encuentra bien, señora Ainsworth? —La voz de Nish sacó a Bella de su ensimismamiento.

—Estaba pensando en Constance —dijo—. La nueva niñera. Por lo visto viene en el mismo tren que Lucian ha ido a recibir. Tendrá que apañárselas sola para subir al hotel.

—No le pasará nada, estoy seguro —respondió Nish—. Cuando llegué a Mezzago, había tantos taxistas berreando que casi no podía ni moverme.

Bella se rio.

—Me pregunto por qué no me tranquiliza saberlo.

Con la bayoneta calada, Lucian colocó firmemente un pie sobre el escalón de tiro y el otro en la tambaleante escalera apoyada en el muro de la trinchera. Descansó la cabeza sobre el peldaño superior, cerró los ojos y susurró una plegaria.

¿Dios lo escuchaba? Nada parecía indicar que fuera así.

El crepúsculo se había abatido sobre el paisaje, mezclando cielo y tierra en una informe masa gris. Una lluvia helada se clavaba en su rostro como alfileres. Tenía las manos y los pies congelados, pero el sudor seguía chorreando por su espalda. El retronar sordo de las armas lo envolvía. ¿Cuándo se había producido el último momento de calma en medio de todo aquel tumulto? Lucian había dejado de llevar la cuenta de esos momentos. Se había habituado a aquel mundo de temor gélido y enfermo.

Tal vez, una parte en su interior siempre había estado acostumbrada a ese miedo. En la escuela, esperando a que lo echaran por alguna fechoría sin importancia, Lucian había perfeccionado una estrategia de defensa. Se encogía tan adentro en sí mismo que era incapaz de sentir ningún dolor.

Ahora recurría a la misma estrategia y se obligaba a concentrarse en su respiración y en el latido de la sangre en sus oídos. Pero no podía ignorar el estruendo distante de los obuses, el aullido y el impacto de los proyectiles. Cada segundo que pasaba parecía una eternidad.

Y entonces ocurrió. El coro espectral de silbidos a lo largo de la trinchera. Ladridos que exhortaban a prepararse. Lucian se agarró al talud enlodado para mantener el equilibrio. La tierra estaba helada, dura como una piedra. Cuando estallaba un proyectil, se levantaban partículas diminutas como esquirlas de ladrillos.

Un silbido penetró repentinamente en su oído izquierdo. Solo podía querer decir una cosa. Era su turno. Su turno de aportar su granito de arena y trepar al exterior...

Los ojos de Lucian se abrieron de par en par, pero no estaban preparados para la imagen que tenía enfrente: un hombre fornido, con bigote, cubierto con una gorra de plato roja y un



largo abrigo con botones metálicos. Se le echaba encima y le gritaba en italiano:

—*Signore! Il treno da Nervi sta arrivando!*

Pero entonces el hombre se apartó con cautela, levantando las manos en gesto de súplica.

Lucian se incorporó despacio, con el corazón todavía acelerado.

Había vuelto a pasarle. Seguramente se había quedado dormido. Y como otras tantas veces, cuando se dormía, soñaba con Cambrai. Pesadillas espantosas que lo devolvían de lleno a la línea de frente.

Otra vez se oyó el ruido, y Lucian se estremeció, agarrándose a su asiento. ¿Dónde se encontraba? Su mirada empezó a volar de un punto a otro. Se tranquilizó inmediatamente al ver las baldosas de terracota y los brillantes carteles, el sol que entraba a raudales por las ventanas.

Claro.

La sala de espera de la estación de Mezzago.

El ataque de pánico se disipó.

El cuerpo voluminoso del jefe de la estación colmaba el hueco de la puerta. Tras bajarse el silbato de la boca, miró hacia Lucian y le señaló el tren parado con el pulgar. Lucian se puso de pie y lo siguió hasta el andén. El parecido que guardaba ese hombre con su viejo sargento mayor era siniestro. Aunque esos fantasmas parecían surgir de repente en todas partes.

La repentina bofetada de calor le pareció gloriosa, reparadora. Respiró hondo y notó el olor de los jazmines y el asfalto caliente. El andén estaba atestado de pasajeros y mozos, vapor y voces. Se abrió paso entre el gentío hacia el vagón de primera clase.

Había ido a recoger a una vieja amiga de su padre, Julia Drummond-Ward, y a su hija. Una vieja amiga... Lucian sabía

qué significaban esas palabras, aunque era un tema que casi nunca se tocaba fuera de los aposentos de los criados.

—¿He visto alguna vez a la señora Drummond-Ward? —le había preguntado a su madre.

—Una vez solamente, cuando eras muy pequeño.

—¿Y cómo voy a reconocerla?

Su madre había esbozado una sonrisa enigmática.

—Me figuro que no habrá margen para la duda. Aunque, si te preocupa confundirla con otra persona, estoy segura de que tu padre tiene una foto vieja escondida en alguna parte.

El andén era más estrecho de lo que recordaba. Un gran grupo se arremolinaba delante de él, impidiéndole ver. Tardó un rato en dispersarse, pero en cuanto lo hizo Lucian distinguió, a lo lejos, la imponente, inconfundible silueta de una mujer a la que reconoció de inmediato.

La señora Drummond-Ward.

Se había apeado del vagón y esperaba en el andén con un parasol en la mano, tratando de guardar la compostura.

—*Scusi!*

Abreviando el paso, Lucian se acercó a ella y le tendió la mano. Ella, sin embargo, no se la aceptó. En vez de ello, la mirada de la dama desfiló de su rostro bronceado a su camisa blanca sin cuello y sus mangas remangadas.

—Mi hija —dijo ella, señalando el tren.

Y fue entonces cuando Lucian vio por vez primera a Rose: de pie junto a la puerta del vagón, disponiéndose a bajar, con un vestido de encaje de manga larga con un cinto que realzaba su fino talle. Un sombrero de paja de ala ancha apenas alcanzaba a contener los rizos de su abundante pelo castaño. Si bien su rostro reflejaba mínimamente el cansancio del viaje, ello no desmerecía su extraordinaria belleza natural. Si acaso, la acentuaba, la volvía más natural si cabe.

Rose reparó en su mirada y le devolvió la sonrisa. Lucian sintió un vértigo en el estómago. Lo invadió la timidez y, algo que no le sucedía con frecuencia, una sensación como de no estar a la altura.

Los ojos de la mujer mayor seguían posados en él.

—*Nostri bagagli* —dijo ella de pronto señalando el vagón portaequipajes. A lo que añadió enseguida, en el mismo tono de voz imperioso, pero más despacio, como si se dirigiera a un niño—: Nuestro equipaje. Son ocho maletas. —Levantó seis dedos y dos pulgares—. *Otto*.

Lucian reprimió una carcajada al comprender lo que ocurría. La señora Drummond-Ward no tenía ni idea de quién era él. Y no le faltaban motivos, porque la verdad es que estaba bien cetrino, por emplear una palabra que esa señora probablemente usaría.

Bien, si pensaba que era italiano, italiano sería. Le hizo una pequeña reverencia y dijo:

—*Signora*.

—¡Y no me pierda nada!

Lucian agachó la cabeza.

—No, *signora*.

Dio media vuelta y se encaminó al vagón portaequipajes. Después de ver con alivio que ya habían bajado al andén las maletas de las señoras, supervisó cómo las subían a un carrito. Hecho esto, acompañó al maletero al interior de la estación y, sin separarse de él ni un momento, salieron a la *piazzetta*.

Allí, varios cocheros intentaban engatusar a los viajeros. Después de acordar lo que parecía una tarifa razonable, Lucian subió la mayoría de los bultos a la calesa que parecía menos peligrosa. El resto del equipaje viajaría con las Drummond-Ward en el carruaje del Hotel Portofino, que Lucian había renovado con sus propias manos. Él mismo lo había bajado a Mezzago, pues era el cochero oficioso del hotel.

Lucian volvió con las mujeres. Caminaba adrede de una forma que no era la habitual en él. Lo hacía más bien como imaginaba que lo haría un campesino italiano, con un aire petulante y garboso, o por lo menos eso era lo que con su cuerpo quebrado por la guerra intentaba aparentar.

Habían encontrado algo de sombra debajo de un toldo. Aun así, la señora Drummond-Ward se abanicaba con cara de pocos amigos. Su ropa de lana abrigaba demasiado para el día que hacía. Rose parecía menos preocupada. Miraba alrededor asombrada. Por el amor de Dios, qué guapa era. Lucian nunca había visto a alguien así, no tan de cerca, no en carne y hueso. Parecía salida de una revista de cine.

Por un lado, Lucian ansiaba decir algo, abandonar aquel ridículo jueguecito que él mismo había puesto en marcha. Pero era difícil encontrar la forma de hacerlo sin ofender. Además, podía ser divertido, reconoció para sus adentros, ver si era capaz de mantener la farsa hasta el final, si, de hecho, podía ganar el juego, porque sin duda eso era en lo que se había convertido, una competición. No entre Lucian y Rose —nada podía competir con ella—, sino entre él mismo y aquella madre orgullosa y con cara de amargada.

Al cabo de cinco minutos, Lucian había instalado a la pareja en el carruaje. La señora Drummond-Ward se había quejado un poco de la dureza de los asientos, pero no tardó mucho en sentarse y, tras ponerse cómoda, empezó a hablar sin freno.

Partieron por las calles adoquinadas que llevaban a la carretera de la costa. Sentado en el pescante, Lucian se moría de ganas de darse la vuelta y dirigirse a sus pasajeras como lo haría un cochero del lugar. *Ecco la famosa chiesa! Attenta al vestito, per favore...* Hacerlo le habría brindado además la oportunidad de robar alguna que otra mirada a la divina Rose. Pero su ita-

liano era rudimentario y, en cualquier caso, la señora Drummond-Ward no parecía dispuesta a que la distrajeran.

Hablaba sin cesar. Y si, durante una de las milagrosas pausas en aquel torrente de chismorreos elitistas, Rose no respondía con la prontitud esperada, la mujer le espetaba: «¡Presta atención!», a lo que Rose respondía: «Sí, mamá», con una inexpresividad que lindaba con la rebeldía.

La carretera se enderezó tras una serie de curvas muy cerradas, y Lucian se dejó llevar por sus pensamientos. Pero entonces la conversación derivó hacia su familia y aguzó el oído.

—Son una de las familias con más solera del condado —decía la señora Drummond-Ward—. Conozco a Cecil desde que éramos niños.

—¿Y qué te parece la señora Ainsworth? —Una pregunta inocente formulada con inocencia.

—No me hables de ella, por favor. Es de una clase completamente distinta.

—¿Una clase distinta?

—No seas tan obtusa, Rose. Sabes muy bien de qué hablo.

—Pues me parece que no lo sé, mamá.

—Es la clase de mujer que no ve nada raro en abrir un hotel.

—Bajó el tono de voz—. Su padre tiene una fábrica de pieles. ¡Y le da igual que se sepa!

Rose había descubierto hacía mucho tiempo que el truco con su madre era no caer en sus provocaciones. Si lo hacías, el resultado era un estallido de ira seguido inmediatamente de un rato de enfurruñamiento. Mucho mejor era mostrarse sosegada y dócil. Que no era lo mismo que quedarse de brazos cruzados, no si lo hacías a propósito. Con todo, a Rose le sorprendía que los comentarios de su madre le siguieran resultando tan dolorosos,

aunque ya era una mujer hecha y derecha en la tercera década de su vida.

Pronto —por favor, que fuera pronto— estaría casada. ¿Por qué no era capaz entonces de pasar por alto los desprecios e improperios de su madre?

Lo que había ocurrido en el tren hacía un rato era buen ejemplo de ello. Cuando vio que llegaban a la estación, Rose se había asomado a la ventana para echar un vistazo al pequeño andén y toda la gente que se arremolinaba allí. Pero mamá se lo había afeado con saña. Le había dado un golpe —¡sí, un auténtico golpe!— en el costado con su maldita sombrilla. «¡Apártate de la ventanilla, Rose! Te tizarás todo el vestido», le había dicho.

No tuvo más remedio que hacer lo que le pedía.

Ojalá hubiera podido viajar a Italia sola. ¡Habría sido maravilloso! Pero, por supuesto, algo así quedaba descartado. Una joven dama debe ir siempre acompañada. Y la acompañante ha de ser... su madre.

Pero ¿por qué?, se preguntaba Rose. Mamá detestaba el «extranjero», como solía decir. Su entusiasmo por el viaje había ido cuesta abajo desde el mismo instante en que ella y Rose habían llegado a su primera escala, Roma.

Madre e hija habían pasado unos días en una hostería respetable cerca de la escalinata de la piazza di Spagna. Era la primera vez que Rose estaba en Italia y temblaba de nervios y emoción, deseosa de comer espaguetis y poner a prueba su italiano, entresacado aplicadamente de una gramática que había encontrado en la biblioteca de su casa. Pero su madre, en las escasas ocasiones en que accedía a acompañar a Rose en sus excursiones romanas, se mostraba incluso más gruñona y displicente que de costumbre. Y Rose lo llevaba tan mal que por una vez se decidió a expresar su descontento.

Huelga decir que los reproches de Rose, unas débiles protes-

tas que salieron titubeantes de su boca, cayeron en saco roto. «Demasiadas ganas tienes de idealizar esto. De jovencita, yo también hice mi Grand Tour, así que conozco bien Italia, quizá demasiado bien. Nunca olvides que esto es, en líneas generales, un país de pueblerinos analfabetos.»

—Dante era italiano —objetó Rose. Confiaba en no haber metido la pata. Le sonaba que era así.

Su madre soltó una fría carcajada.

—¿Qué sabrás tú de Dante? Dante no te ayudará a encontrar a un buen marido.

Ahora, en el carruaje, Rose se sintió como si estuviera envuelta en una gruesa manta. No podía moverse, no podía respirar. Tenía tantas ganas de desembarazarse de la manta y... ser ella misma. Fuera lo que fuese ese «ser ella misma». Quizá podría hacerlo, serlo, en el Hotel Portofino.

Porque estaban a punto de llegar, sin duda. Mientras mamá vertía en su oído derecho los horrores de las viviendas sociales en Inglaterra —«Aquí no construyen eso, ya lo verás. En Italia los pobres son pobres y están contentos de serlo»—, Rose devoraba esos paisajes desconocidos y las vistas de los pueblos por los que iban pasando. Había niñas de gesto hosco que asomaban la cabeza por las ventanas más altas, viejas abuelas que hacían calceta delante de sus casas mientras los niños jugaban a sus pies. Todo era tan fascinante. «Para entender Italia, es preciso mirar a las personas, además del arte.» ¿Dónde lo había leído? No se acordaba. Tenía muy mala memoria, o eso le reprochaba siempre su madre.

Rose estaba especialmente embelesada con la nuca del cochero. Unos zarcillos ondulados de pelo castaño oscuro descendían por su cuello. Y era imposible no fijarse en sus fuertes hombros, en los músculos que se dibujaban bajo la tela blanca de su camisa sin cuello, manchada en el centro de la espalda por un gran redondel de sudor.

Suplicó en silencio que se volviera, pero evidentemente no lo hizo, no podía hacerlo. Tenía que estar pendiente de la carretera, que en realidad tenía muy poco de carretera y sí mucho de camino bacheado excavado en la ladera.

Aun así, pensó. Aun así. Sería muy agradable ver su cara.

Llegaron a Portofino cuando el momento de peor calor del día empezaba a quedar atrás. El carruaje recorrió la empinada y sinuosa calle levantando a su paso una estela de piedras sueltas y polvo.

A la izquierda había un huerto de naranjos o, para ser más exactos, *chinotti*, unas naranjas muy pequeñas y amargas que se empleaban para aromatizar el Campari, una de las bebidas favoritas de Lucian.

En su primer viaje a Liguria, la imagen de aquellas naranjas diminutas le había fascinado, lo que reforzó su idea de que ese país bañado por el sol, Italia, representaba en cierto modo lo contrario de la guerra. En Francia, durante el espantoso invierno de 1917, otro oficial le había enseñado dos naranjas congeladas y adheridas entre sí. «¡Míralas! ¡Duras como pelotas de críquet!»

Pues bien, aquí no había naranjas congeladas.

Una de las primeras cosas que hizo después de que le dieran el alta en el pabellón de convalecientes y se hubiera recuperado lo suficiente para poder mantener la concentración más de diez minutos seguidos fue leer la vieja guía Baedeker sobre Italia de su madre. Le encantaban sus planos y mapas, los juicios mordaces sobre este restaurante o ese hotel.

Decidió ir a Europa y pintar como su héroe, David Bomberg. Porque eso era precisamente lo que era, un pintor, ¡y su padre podía irse al cuerno! Lucian no iba a tolerar más lecciones



de un hombre que ni un solo día de su vida había trabajado como es debido.

Todos sus amigos estaban planeando escapar de una Inglaterra que les parecía mezquina y deslucida. Los mejores escritores y artistas ya se habían largado, especialmente los que habían conocido el frente durante la guerra. Después de todo, ¿había algún motivo para quedarse en Inglaterra? Ya estaba harto de todas esas bravatas patrióticas aderezadas con una casi total ignorancia sobre lo que en verdad había ocurrido en los campos de batalla y muerte de Francia y Bélgica.

—Inglaterra es un país de ignorantes —decía siempre Nish—, pero no se da cuenta. No tiene ninguna fuerza cultural. Por eso el imperio tiene los días contados.

El bueno de Nish. Con él, siempre sabías a qué atenerte.

Lucian paró el carruaje antes de acometer el descenso final para que los caballos pudieran descansar un momento y sus pasajeras disfrutar de las vistas: las altas casas de colores pastel que seguían el perfil curvo de la bahía y los barcos que cabeceaban suavemente en el azur perfecto del mar. Supuso que les apetecería hacerlo, que ese paisaje sería tan imponente para ellas como lo había sido en su día para él. Sin embargo, mientras Rose reaccionaba con un trémulo jadeo, la señora Drummond-Ward se mostró desconcertada.

—¿Por qué se ha detenido? —oyó Lucian que preguntaba.

—No lo sé. Para mostrarnos la vista, supongo.

—Pero yo no quiero parar. —Lucian sintió un golpecito en el hombro—. En marcha, por favor. —Luego, dirigiéndose a Rose—: ¿Cómo se dice: «Vaya al hotel»?

—Estoy intentando recordarlo —dijo Rose.

—Entonces díselo. Al cochero.

—*Vai in albergo?* —Rose contuvo la respiración.

—*Certo* —contestó Lucian. Por primera vez desde que ha-

bían abandonado la estación, se volvió en el pescante y vio que Rose lo observaba. La breve mirada que intercambiaron le alegró el corazón. «Me ha descubierto —se dijo para sus adentros—. O, si no lo ha hecho, tiene fuertes sospechas.»

Sonriendo, Lucian volvió a mirar al frente y azuzó a los caballos para que reanudaran la marcha, cuesta abajo, hacia el hotel.